

dejar de haber sido nunca ellos mismos. Tensión impetuosa en la raíz del propósito; medida delicadísima en sus realizaciones. Eso fue, y no otra cosa. Supo ser el mejor, y a tal fin ordenó su prodigiosa inteligencia. Era ésta tan sutilmente tajante que hubiera podido permitírsele todo y, siempre le habría sobrado margen para ser ensalzado. Fue una virtud de pleno conocimiento. "Todo en esta vida tiene su precio", solía decir. Pero él no rehuyó ningún riesgo, ni ante su presente ni cara al futuro.

(De *Là Nación*. Buenos Aires).

El Carácter Inglés

Por ANDRE MAUROIS

Conferencia sustentada por el autor, en la "Université des Annales" de París.

ANALIZAMOS recientemente los elementos históricos y geográficos que han contribuido a formar el carácter inglés. Nos proponemos, en esta ocasión, estudiar los efectos psicológicos de estas causas. Antes, quisiera tomar una precaución, y aun dos: la primera respecto a mis amigos ingleses que veo, muy numerosos, en esta sala. Ellos saben muy bien que me merecen tanta estimación como amistad. Y no ignoran que voy a hablar con simpatía. Pero también voy a hablar, en cuanto de mí dependa, con verdad, y les ruego que no me guarden rencor, si, al lado de las luces del cuadro, aparecen también las indispensables sombras.

La segunda precaución consistirá en recordarnos lo difícil de nuestro propósito: ¿El carácter inglés?... Pero ¿es que en realidad existe este carácter que, tan temerariamente, pretendemos describir? Existen millones de ingleses, ¿se parecerá Mr. Baldwin a Mr. Churchill? ¿Mr. Churchill a Mr. Aldous Huxley? La respuesta evidentemente es negativa. Y, sin embargo, yo creo que entre millones de ingleses, como entre millones de franceses, existen cierto número de rasgos comunes. Sabemos que el albaricoquero producirá siempre albaricoques, nunca manzanas o peras. Del mismo modo, sabemos que un inglés, en casi todas las circunstancias de su vida, producirá reacciones inglesas, así como un francés reacciones francesas. Son estas reacciones, justamente las que vamos a procurar describir aquí.

Un hombre feliz

En ocasión anterior hicimos notar ya que los ingleses han sido a través de toda su historia, un pueblo feliz. Naturalmente esta amplia felicidad, este éxito constante, han producido efectos duraderos.

a) En primer lugar, la felicidad inspira necesariamente a una nación cierta confianza en la vida y cierto orgullo colectivo. El pueblo que ha gozado de tan larga dicha se cree un pueblo elegido, predilecto. Ya desde el siglo XVII, el poeta Milton afirmó que, cuando Dios quiere realizar sobre la tierra cualquiera obra grande, piensa siempre en los ingleses. Más tarde, Lord Curzon dedica un libro "a todos aquellos y aquellas que, como yo, creen que el Imperio británico, por designio de la providencia, es la mayor fuerza que existe en el mundo para bien de la humanidad".

Esta certidumbre de que todas las cosas son mejores en Inglaterra, y de que es anormal cuanto se hace fuera de ella, es un sentimiento que en ocasiones se manifiesta de una manera bastante divertida. Existe una guía para viajeros ingleses que comienza con esta frase: "todo inglés que viaje dentro del Continente, debe recordar que, fuera de las Islas Británicas, todos los choferes llevan sus coches por el lado malo de la carretera". ¿Por qué por el lado malo? Pues, únicamente, porque no es el lado inglés.

Algunas veces esta ingenua insularidad produce hermosos efectos que son grandemente útiles para el país. Por los días de la desvalorización de la moneda inglesa, me encontraba yo en Inglaterra. Bruscamente la libra había bajado de 125 a 75 francos. Uno de mis amigos ingleses me preguntó:

—¿Qué ocurre en el Continente? Por todas partes las monedas continentales suben en este momento de una manera absurda.

—¡Cómo!—le contesté— no es que suban las monedas continentales, es que ha bajado la libra.

—¡Ah, no!—repuso mi amigo, un tanto sorprendido— No. Eso es imposible; la libra no puede bajar. La libra es la libra.

Y de la misma manera, durante la guerra, los oficiales y soldados ingleses, en los peores momentos—y aun en el horrible mes de marzo de 1918—cuando el frente acababa de ser roto, me decían insistentemente.

—Sin duda, venceremos...

Y yo contestaba:

—Así lo espero, así quiero creerlo... Pero... la situación es terrible.

—Sin duda—decíanme ellos—la situación es terrible; pero necesariamente venceremos: porque hemos vencido siempre y porque no hay razón para que hoy ya no sea así.

Esta certidumbre, esta confianza, son realmente fuerzas preciosas.

* * *

b) Segundo rasgo: este orgullo colectivo engendra una gran modestia personal. Cuando un pueblo siente el orgullo de ser él mismo, cuando siente el orgullo a la vez que de su pasado, de su carácter y de sus instituciones, este pueblo no tiene esos complejos temibles que, en otros países, engendran tan peligrosas vanidades. Los individuos ingleses son extremadamente modestos. Cuando se encuentra uno con un inglés a quien

le pregunta si sabe jugar al *tennis* y contesta negligentemente: "sí, un poco... En fin, por lo menos puedo devolver una bola de cuando en cuando", no podemos saber si, a la mejor, no estamos hablando con el último campeón de la copa Davis.

Los ingleses sienten instintiva repugnancia por el profesional, o, por lo menos, quieren que el profesional parezca un simple *amateur*. El político que ellos prefieren es siempre del tipo de aquel lord Hartington, cuyo célebre retrato, trazado por Lytton Strachey, voy a permitirle leerlos en seguida.

"Lord Hartington estaba cortado sobre el patrón que precisamente gusta más a sus compatriotas. No sólo porque era honrado, sino porque su honradez, era una honradez inglesa, y los ingleses veían en lord Hartington, encarnadas y manifiestas, las cualidades que más llegan a su corazón: la imparcialidad, la solidez y el buen sentido. Todo lo que de él llegaba a saberse era un motivo más para que lo respetasen y admirasen. El entusiasmo que sentía por los deportes al aire libre, inspirábase un sentimiento de confianza. Ciertamente era alguien, aquel hombre que tenía dos ambiciones supremas: llegar a ser primer ministro y ganar el Derby, y que supeditaba la primera ambición a la segunda. Le amaban también porque era impuntual, porque se rehusaba a vivir como un cronómetro, porque solía hundir en el bolsillo de su saco un despacho oficial importantísimo y lo encontraba, cerrado todavía, dos días después. Amábanle también por la antipatía que le inspiraban los buenos sentimientos, según lo hizo patente en la respuesta que dió a un orador que en el curso de cierta ceremonia declaró que aquél había sido el día más feliz de su vida:

—Por cuanto a mí, el día más feliz de mi vida fue aquel en que mi cerdo obtuvo un premio en la feria de Skipton.

Pero, más que nada, lo amaban porque sabía ser aburrido. Nada más tranquilizador que saber cómo, tratándose de lord Hartington, podían estar absolutamente seguros de que jamás, en ningún caso, se mostraría ni brillante, ni sutil, ni sorprendente, ni apasionado. Mientras sentados escuchaban sus discursos que—todos lo sabían muy bien—eran siempre absolutamente monótonos y llanos, podían comprobar siempre, al paladear la enormidad de su fastidio, que su confianza en aquel hombre era absolutamente legítima".

Horror por todo lo que es ruidoso, y, en consecuencia, horror por lo grandilocuente... No se habla en la Cámara inglesa, desde una tribuna; cada quien lo hace desde su sitio; excelente costumbre, porque el orador no intenta conquistar efectos tribunicios. Si lo intenta y aun en el simple caso de que se exprese demasiado bien, se expondrá desde luego a caer en la impopularidad. Cuando Chamberlain comenzó a hablar en el Parlamento, lo hacía admirablemente. Después de su primer discurso, un amigo experimentado le dijo:

—Muy bien; pero la Cámara os agradecería queuviéseis algún titubeo... de cuando en cuando.

Tocóme asistir a la sesión del Parlamento inglés el día en que Mr. Baldwin pronunció su famoso discurso: "La frontera de Inglaterra no está ya en los acantilados de Douvres: está sobre el Rhin". Y me entretuve entonces imaginándome el modo como esta frase habría sido dicha por un orador cualquiera de otro país. Con qué facilidad se habría tornado amenazadora y grandilocuente, pronunciada en tono de desafío.

—La frontera de Inglaterra no está ya en los acantilados de Douvres. ¡Está sobre el Rhin!...

Mr. Baldwin pronunció la frase del modo siguiente: tenía frente a él, en la ancha mesa que lo separaba de la oposición, un rimero de papeles. Y dijo: "La frontera de Inglaterra no está ya en los acantilados de Douvres: está...", y se puso a buscar entre sus papeles, como si se le hubiera perdido la frontera de Inglaterra, como si no pudiese encontrarla ya... Y, hasta después de largo silencio, murmuró por fin: "Está en la orilla del Rhin". Baldwin sabía muy bien que este titubeo, que esta sencillez, tranquilizarían a su auditorio y que la cosa difícil, pero que convenía decir pasaría así con relativa facilidad.

* * *

En Inglaterra no conviene, pues, por ningún motivo, pronunciar un discurso demasiado elocuente ni demasiado grave. Bien lo supe, por experiencia propia, hace unas cuantas semanas. Se me había invitado para asistir al banquete que los escritores ingleses ofrecían a Wells con motivo de sus setenta años de edad; había de tomar la palabra a nombre de los escritores extranjeros. Tenía yo ya cierta experiencia de las cosas inglesas. No ignoraba nada de lo que acabo de decir; pero yo me había dicho:

—Como quiera, los setenta años de un gran escritor constituyen una circunstancia bastante solemne... Tengo que hablar de su obra, de su poesía, de su influencia...

Y me puse a preparar algunas páginas, buenas o malas, sobre crítica literaria. Las había escrito en inglés y no podía cambiarlas a última hora, pues no sé improvisar en ese idioma. Me presenté, pues, con este discurso en el bolsillo. Presidía Mr. Bernard Shaw. Y, apenas se puso en pie, comprendí mi funesto error de tono. Pues, lejos de elogiar a Wells, Shaw se dedicó a atacarlo y a hacer constantes bromas a costa suya. Durante un cuarto de hora, hizo reír a toda la sala, a costa del héroe de la fiesta. En cuanto a mí... sacando de mi bolsillo aquel discurso triste y grave, meditaba yo a la vez:

—Después de veinte años de experiencia de las cosas de Inglaterra, bien podías no caer ya en tales errores... y ahora... tenlo presente, una vez por todas; no hay que hacer discursos graves en este país, por nada del mundo.

Mas observad que todo ello no quiere decir ni mucho menos que el pueblo inglés sienta des-

precio por las cosas serias, por la inteligencia. La literatura inglesa es en este momento, bien lo sabéis todos vosotros, una de las más bellas del mundo. Los sabios ingleses se cuentan entre los primeros de nuestro tiempo. Pero los ingleses piensan que en la vida práctica, en el terreno de la acción, el instinto es preferible, si no precisamente a la inteligencia, sí a la inteligencia razonadora. Y esta idea proviene, también, de la larga felicidad pretérita de Inglaterra.

—En los tiempos pasados—se dicen a sí mismos los ingleses— todo se ha arreglado siempre admirablemente para nosotros. Entonces, ¿para qué y por qué preocuparse? No tenemos más que imitar a nuestros antepasados. Como decía lord Balfour: es preferible hacer una cosa estúpida que siempre haya sido hecha, que una cosa inteligente pero inusitada.

Cuando el Rey Eduardo, en 1901, sucedió a la Reina Victoria, su primer Ministro tenía que pronunciar un discurso de advenimiento, y se le preguntó a lord Salisbury, que ocupaba entonces este alto cargo:

—¿Qué decir al Rey en este discurso?

Contestó:

—Nada más sencillo: bastará repetir el discurso pronunciado por su madre en 1837.

—Pero—observó su interlocutor—la situación actual es muy diferente. ¿No convendría cambiar algunas frases?

—¿Para qué?, replicó lord Salisbury.

Y, en efecto, ¿para qué cambiar nada? ¿Para qué respetar la lógica? La lógica no es respetada en Inglaterra. Y tengo la sospecha de que los ingleses encuentran cierto placer en humillarla. Muchos de ellos gustan muchísimo de lo que allá se llama *nonsense*: "lo que no tiene en sí ningún significado". En ningún país del mundo, se tiene igual respeto por la locura. Obsérvense, si no, en los libros de Dickens, el amor con que el escritor trata siempre a los tipos más originales.

* * *

Trabajaba yo en la biblioteca del "British Museum" y un día vi llegar hasta la pequeña ronda que se halla en el centro de la sala, y en la que se encuentran instalados los bibliotecarios, a una anciana señora que habló así a uno de ellos:

—Perdón, señor..., quisiera pedir a usted un consejo. Hasta hoy, he venido firmando con mi propio nombre todas las solicitudes de libros. Pero es el caso que hace ya algunas noches veo aparecerse en sueños el cuerpo astral de lord Nelson... Anoche, lord Nelson ha acabado por pedir mi mano... y he aceptado. Siendo así, ¿debo o no continuar firmando mis solicitudes con mi nombre de soltera, o es que debo firmar señora Nelson?

Y el bibliotecario, que iba a ponerse en este momento a trabajar, contestó, sin levantar siquiera los ojos:

Señora, puesto que se trata de un matrimonio enteramente espiritual, puede usted continuar firmando con vuestro nombre de soltera.

Testigo de esta escena, yo me decía: si la cosa hubiese pasado en Francia, ¿cuál habría sido la actitud del bibliotecario? ¿Sin duda, habría telefonado a la policía o a una casa de locos! De cualquier modo, es evidente que no habría escuchado con tal serenidad la curiosísima pregunta.

* * *

Y, justamente es por la misma razón, por lo que cierto tipo de historias, de cuentos fantásticos, de esas anticipaciones de que tanto gustan los escritores ingleses, tienen en Francia un éxito mucho menor que en Inglaterra. ¿Conocéis ese encantador librito de David Garnet, intitulado: "La mujer convertida en zorra?" Es la historia de un marido joven que pasea con su mujer por un bosque. Van tomados de la mano. Y, de repente, el marido oye un grito. Se vuelve y se da cuenta de que lleva ahora en su mano la patita de una zorra... y esta zorrita es su mujer. De ello él está absolutamente seguro, en cuanto la toma en sus brazos, pues el animal conserva la misma gracia, los mismos ojos... El infeliz vuelve a casa con la zorrita. Conserva ésta al principio cierto gusto por la literatura y la música, pero poco a poco, se va volviendo más zorruta y, perseguida por una jauría acaba por morir en una partida de caza, por más que el marido hace lo imposible por defenderla de los perros... Historia encantadora y que demuestra que el amor, el verdadero amor, puede resistir a todo y que, cuando se ama verdaderamente a una mujer, poco importan sus acciones... Aun cuando se convierta en zorra, no dejaremos de concederle nuestro amor.

Pareciéndome encantadora y profunda esta historia, había yo decidido traducirla. Y, en efecto, la traduje y la publiqué en francés. Apenas lo había hecho, comencé a recibir numerosas cartas llenas de reproches. La lógica francesa protestaba. Y lectores hubo que me decían:

—Pero, señor, ¿es que se ha vuelto usted loco?

El médico del pueblo donde pasaba yo estos días vino a hacerme una visita y me dijo:

—Por que... en fin... una mujer no puede convertirse en zorra. Esto es fisiológicamente imposible...

* * *

c) Una consecuencia más de esa amplia felicidad: el inglés tiene poquísima maldad e ignora el rencor; la confianza es una cosa natural en él. Esto se nota en cuanto llega uno a Inglaterra, donde no hay registro de equipajes, en donde se os entrega vuestra maleta en cuanto la señaláis en el muelle... Esto se ve también en las bibliotecas públicas, en donde se nos prestan los libros más raros y nadie nos impide salir con un portafolio en el que podríamos substraer los más preciosos manuscritos... Esto se observa también en la Cámara de los Lores, en donde es tradición que nadie inquiera jamás el nombre del desconocido que allí entra. Ni siquiera se pregunta si efectivamente es un lord. Y notad que bien podría no serlo, pues hay 600 pares de Inglaterra, y muchos de ellos no sesionan jamás. Pero no; si al-

gún viejo señor desconocido entra a instalarse en la sesión, los ujieres se dicen:

—Sin duda, es un lord...

Pero bien podría no serlo.

Sabéis sin duda que existe una gran compañía inglesa de seguros o, mejor, toda una red de compañías, conocidas con el nombre de Lloyd's. Cierta día, un capitán, propietario de un barco, entró en una de estas oficinas, desolado, y le dijo al director:

—Acaba de sucederme una cosa terrible, señor... Ayer se puso bajo mi mando un barco nuevo, Ayer mismo venía yo a asegurarlo, cuando me detuvo en el camino una congestión del tránsito y llegué a esta oficina cuando ya había sido cerrada. Ahora bien, hoy mismo tuve que salir con el barco. Y he aquí que ha ocurrido un accidente terrible. El barco se ha hundido... ¡y no estaba asegurado!

—Capitán—le contestó el gerente—¿podría usted jurar por su honor que verdaderamente tenía usted ayer la intención de asegurarse y de que salió para hacerlo así, y que sólo por la circunstancia de haber llegado cuando ya las oficinas estaban cerradas no lo hizo usted?

El capitán prestó aquel juramento. Y entonces, los directores de la Lloyd's, le dijeron:

—Muy bien. Tomaremos por nuestra cuenta la mitad de las pérdidas.

* * *

d) He dicho ya que no existe en el pueblo inglés ni maldad ni rencor, pero estas virtudes son negativas. Es preciso añadir que el inglés es un pueblo gentil. Gentileza en la amistad y tacto siempre discretísimo. Os pondré de ejemplo un caso bastante extraordinario. Cierta joven recibió una invitación para un baile de fantasía en una casa de los alrededores de Londres. Vistióse un traje de gentilhomme del renacimiento—jubón, espada—y se encaminó a la fiesta. Tomó un taxi. Al llegar frente a la casa de sus amigos, pagó y despidió el taxi. Llamó a la puerta, sorprendiéndose desde luego al ver que la mansión se hallaba escasamente iluminada. Salió un criado a abrirle y le hizo pasar. Le introdujo en un salón en el que se encontraban sus amigos, vestidos todos como de ordinario. Nadie además, parecía esperarlo. Entró el joven vestido con su traje de gran señor del renacimiento. Al parecer, nadie se daba de ello cuenta. Únicamente alguien le dijo:

—¿Habéis tenido la gentileza de venir a comer con nosotros? Muy amable...

Y se le hizo sentar. No hubo ni la menor alusión a su traje. Al cabo de un instante, se anunció que la mesa estaba servida y se pasó al comedor. Después de la cena, una conversación agradable en el salón, hasta las once de la noche. Ya a esta hora, el ama de la casa le dijo al joven:

—El portero me indica que habéis despedido el taxi. Sin duda no tendréis pijama. Como no hay medio de volver a Londres esta noche mi hijo os prestará la suya, si queréis dormir en casa.

Dicho esto se le llevó a una alcoba. Al día siguiente, el almuerzo; después, el amo de la casa le condujo hasta su propio automóvil, y sólo hasta el momento en que el coche iba a ponerse en marcha, se inclinó hacia el joven y le dijo en voz baja:

—¿Sabe usted?... El baile de fantasía... era hasta la semana entrante.

* * *

Cierta que esta extrema discreción en Inglaterra se hace más fácil gracias a una profunda y sincera indiferencia. El inglés, el verdadero inglés, no pide sino que se le deje tranquilo. Le gusta estar en casa, entre los suyos, de preferencia en el campo, para entregarse así un poco a los deportes, caminar largo y, de cuando en cuando jugar a la pelota. A la mujer inglesa le gusta ocuparse en los quehaceres domésticos, cultivar las flores, el jardín. Ama el inglés las cosas naturales, y con los animales es tan gentil como con los seres humanos. Inglaterra es uno de los países en que los animales reciben mejor trato. Por cierto, leía yo el otro día en el *Times*, que acaba de crearse a todo gasto una escuela verdaderamente original. Algunos ingleses se han dado cuenta de que los pájaros sufren grandemente en sus jaulas, y han decidido rescatar el mayor número posible de estos amables seres, y otorgarles la libertad.

—Pero—ellos mismos se han dicho—si devolvemos de pronto la libertad a animales que han estado largo tiempo enjaulados, no serán capaces de defenderse ni de buscarse su existencia... Es preciso por tanto, reeducarlos.

Y acaban de crear una Escuela de Vuelo para Antiguos Pájaros Cautivos.

El hombre de acción

Con lo anterior quedan señalados algunos de los rasgos que la felicidad ha impreso en esa fisonomía. Pasemos a indicar algunas de las características que el inglés debe a la acción.

a) La primera de estas características, consiste en que, en la vida, el inglés se dirige no por planes sino casi siempre por la inspiración del momento. El mando se le da allí al que se designa con la frase "El hombre en su puesto", el hombre que está en su sitio y a quien corresponde, por tanto, tomar las decisiones trascendentales. Cuando el Gobierno francés, antes de que estallara la guerra de 1914, preguntaba a Sir Edward Grey, con insistencia, qué pasaría si fuésemos atacados, sir Edward contestó:

—No sé... dependería de las decisiones del Gabinete.

—¿Pero no convendría interrogar al Gabinete?

—No, no es posible pedir a un Gabinete británico que se ponga a deliberar sobre una hipótesis.

¿Nosotros los franceses, sobre qué hemos de deliberar sino sobre lo hipotético? Pasado un acontecimiento, es ya tarde para deliberar. Sí... Pero el inglés piensa de otro modo y os contesta: "Cuando uno juega al foot ball, si es buen juga-

dor, no se preocupa de antemano por la decisión que va a tomar. En el momento en que llega el balón, es cuando se tiene el reflejo útil. Entramos en acción y la pelota pasa. En la vida, nosotros procedemos de la misma manera, y sólo nos preocupa tener reflejos útiles”.

Yo he conocido a un francés que razonaba poco más o menos de la misma manera: el mariscal Lyautey.

c) Otro rasgo deportista: el respeto por los vencidos. No golpear nunca al hombre que está caído. La opinión pública ha recordado esto recientemente, y con entera severidad al arzobispo de Canterbury. Y la opinión pública comenzó a ver a Alemania con buenos ojos, al día siguiente de la derrota. Pero no solamente hay que respetar al vencido: también al adversario. Ningún cazador inglés tirará sobre el pájaro que se encuentre posado. En verdad yo no sabré decir si para el pájaro es menos desagradable que se le mate volando. Pero sea como fuere, este respeto por las convenciones no está exento de belleza.

d) Ha pasado el tiempo con una rapidez prodigiosa, y aun tendría yo muchísimas cosas que decir. No he hablado todavía del hombre religioso. Pues bien, los ingleses son casi todos espíritus religiosos. Claro que hay ingleses que se dicen agnósticos y, sin embargo, aun éstos son irreligiosos de una manera peculiarísima y curiosamente religioso.

Os contaré una divertida historia sobre este particular:

Había en cierta ciudad universitaria, una capilla en la cual, durante los oficios cantaba un excelente coro, formado todo por jóvenes. A los asistentes estaba prohibido unir sus inexpertas voces a las de este coro. Y he aquí que un domingo un amigo mío llevó a esta capilla a una gran actriz. Oyó ésta el admirable coro y, transportada, se puso a cantar... En cuanto terminó el servicio, el director y dean del colegio—le llamaremos aquí doctor Buttler—acercándose a la actriz le dice:

—Señora, ¿no sabíais que estaba prohibido cantar en esta capilla?

—Sí, doctor... lo sabía... pero es que yo soy Mme. C.

Dijo ella su nombre ilustre.

Señora, excusadme, nada importa aquí el nombre; no debéis cantar, y si acaso volviéreis, sabed que también os está prohibido.

—¡Ah, pero después de todo, doctor Buttler—dice la dama, ya encolerizada—¿no es esta la casa de Dios?

—¡Ah!, no señora, respondió el Dr. Buttler, esta es una capilla privada.

Al lado del anglicano, el puritano y el metodista juegan un papel considerable en la vida del país. “Imposible gobernar a Inglaterra en contra de la conciencia no conformista”—decía Disraeli. Y así, en efecto, acaba de quedar demostrado una vez más, por ejemplo con lo que ha pasado en

Inglaterra en el momento de la abdicación del Rey Eduardo VIII.

Por último—y como ya lo decíamos hace un momento—aun aquellos que se creen libres de toda religión formal—por ejemplo los dicidentes sensualistas del tipo de Lawrence o Huxley, son, en el fondo, espíritus religiosos. Quiero decir que traen a la exposición de su doctrina un misticismo verdadero y aportan a su defensa aquel respeto que es, cabalmente, la traducción literal de la palabra *religioso*. El inglés es un animal respetuoso; en consecuencia, es un animal religioso: de aquí, en mi concepto, proviene una de sus mayores fuerzas.

Los conflictos

Un ser que siente el deseo de convertir al mundo entero en un juego, y en un juego deportivo, juego de *gentleman*.

Sólo que el mundo no es un campo de juego: el mundo es brutal: ¿Cómo pues vivir en este mundo brutal respetando las convenciones y las reglas? ¿Cómo, además, sujetar las pasiones a las austeras reglas de los puritanos? Las pasiones son exigentes y las de los ingleses, muy particularmente violentas. Se les conoce mal, porque a menudo se encuentran desarticuladas y afloran muy lentamente. No pierden por cierto con esto, nada de su fuerza.

El novelista inglés Forster cuenta la historia de un grupo de ingleses y franceses, que van viajando juntos por un camino de los Alpes. De pronto el carro se desbarranca. Afortunadamente, nadie resulta muerto. Los franceses se levantan temblando de pies a cabeza, en tanto que los ingleses permanecen fríos y tranquilos. Vuelven todos los viajeros al hotel. Ya por la noche, hacia las ocho, cuando los franceses, felices, se habían olvidado completamente del accidente, los ingleses se hayan ahora impresionadísimos.

Es este un típico ejemplo del lento aflorar de los sentimientos entre los ingleses. ¡Ah, sí, pero cuando entre ellos las pasiones hablan, lo hacen con una terrible voz! En uno de sus poemas, Kipling ha descrito un marino inglés que se deja injuriar durante un cuarto de hora; va poniéndose cada vez más pálido y silencioso, hasta el momento en que su cólera estalla y, con unos cuantos golpes, hecha a rodar por tierra a su adversario.

* * *

Entre las pasiones del inglés y las reglas deportivas o religiosas a que él mismo quisiera sujetarse, surgen a veces inevitables conflictos. Un primer conflicto entre el amor y la acción, el cual ha sido admirablemente descrito por Kipling en las historias de los Gadaby. Un segundo conflicto entre el deseo y el puritanismo. Uno más entre el idealismo del individuo y el realismo nacional. Los ingleses desearían sinceramente, en los asuntos internacionales, comportarse de una manera noble y desinteresada, salir siempre en defensa de los derechos del más débil. Mas puede ocurrir que los

intereses de Inglaterra o del Imperio exijan que tales derechos sean postergados. Este fue, por ejemplo, el caso de la guerra del Transvaal. Estalló entonces un conflicto entre las dos tendencias del habla inglesa, y entonces los pueblos continentales acusaron a Inglaterra, injustamente, de hipocresía.

—¿Cómo—se dicen esos pueblos—vosotros preconizáis una doctrina y no la aplicáis jamás en vuestros propios asuntos?

Habría que contestar:

Conozco yo un viejo hogar, muy estimable en mi concepto y al que, sin embargo, aun mis amigos suelen comprender mal. Es el marido un hombre de negocios, honrado, bastante áspero, muy atento siempre a sus intereses, capaz de sentimientos de generosidad pero capaz también de ocultar esos sentimientos bajo apariencias de frialdad; en una palabra, poco sociable y además, casi indiferente a los halagos sociales. Su esposa, en cambio, es una mujer dulce, piadosa, atenta siempre a hacer la caridad, sinceramente desinteresada, y que desea constantemente convertir a sus amigos; además, bastante severa de costumbres. Los hijos, que son numerosos, no tienen ni el vigor del padre ni la abnegación de la madre. Son alegres, frívolos y pasan buena parte de su vida en jugar a la pelota con instrumentos de formas diversas.

Cuando hablamos por teléfono a esta casa, es siempre la esposa la que nos contesta... Y por lo mismo no oímos entonces más que discursos morales y exhortaciones a la virtud. Pero quien llegue a tratar con el marido le encuentra semejante a todos los hombres, es decir, prudente, desconfiado y estrictamente celoso de sus derechos. De semejante contraste surge siempre una mala inteligencia. Y la gente malévola dice:

—Vaya una pareja de hipócritas. Comparad, si lo dudáis, los actos del marido con las fervientes actitudes de la esposa. Ella es para él una cómoda defensa, pues con su actitud obliga a las gentes de fuera a mantenerse con respecto a este hogar, en una actitud siempre deferente; y luego, el día en que el marido estorba de una manera u otra las doctrinas de su esposa, éste las olvida... o las hecha en el cesto. Comodísimo.

Tales juicios son superficiales. Yo he vivido durante largos años en esta casa, sé bien que el marido y la mujer son uno y otro completamente sinceros y que se entienden entre sí de modo perfecto. El hombre siente que necesita de su mujer y no se halla nunca feliz si no llega a alcanzar su aprobación... Si queréis comprender perfectamente a Inglaterra, y negociar con ella útilmente, necesitáis ponerlos de acuerdo, a la vez, con la mujer y con su esposo, o, dicho de otra manera, con la opinión pública y con el gabinete.

* * *

Resumamos. He aquí un pueblo que posee un inmenso legado de recuerdos, de costumbres y de convenciones, y que tiene la certidumbre de que estos cuadros así establecidos por sus antepasados

son los mejores y, diremos más todavía, los únicos concebibles. He aquí un pueblo que tiene el deseo de vivir al amparo de esas convenciones todo el tiempo que le sea posible, una vida tranquila de bellos días deportivos o políticos. Pero he aquí también un pueblo que, si esta vida tranquila llega a ser imposible, será capaz de adaptarse con rapidez extraordinaria y, con extraordinaria tenacidad, combatir.

Acaso nos resulte más fácil representar esta singular naturaleza por medio de una comparación musical. Pensad, por ejemplo, en *El oro del Rin*. Toda la masa orquestal va reproduciendo el murmullo poderoso, eterno, del río. El auditorio se siente transportado y como arrullado por aquel torrente de sonidos. Por dentro de este torrente, de cuando en cuando un violín va insinuando un ligero motivo melódico, que muy pronto se pierde entre las ondas de la orquesta.

Así es, aproximadamente, el espíritu inglés: lo esencial en él es una gran corriente de sonidos, de recuerdos de tradiciones e instintos. La inteligencia, de cuando en cuando, emerge por encima de las olas que nos muestra en tal cual obra bella y encantadora. Pero estos temas no son recogidos por la orquesta. Y el río continúa llevándose en sus olas al pueblo inglés.

De este río y de estas corrientes he tratado de dibujar esta noche para vosotros un mapa aproximado. Me sentiré feliz si, mediante estos rasgos he logrado hacer para algunos franceses menos complicada y difícil esta navegación.

(De "*Université des Annales*", París).

Bourget y la Biología o La Superstición de la Ciencia

P o r J U L I E N B E N D A

CUALQUIERA que sea la impresión que se tenga sobre la obra de Paul Bourget, de quien M. Edmond Jaloux hizo recientemente un conmovido elogio en la Academia Francesa, existe un punto por donde esta obra retiene la atención del historiador. Es la obra de Bourget, una de las expresiones más claras de cierto fenómeno de nuestros días: la pretensión de los teorizantes de la política de que sus afirmaciones se hallan fundadas en la ciencia.

Esta pretensión ha surgido en el siglo XIX, por reacción contra la revolución y sus doctrinas emanadas de la razón abstracta. Ya en 1824, en una obra intitulada "La Restauración de la Ciencia Política", obra —¡quién lo creyera!— que fue el breviario de Bonald y de todo un mundo durante varias generaciones, el bearnés Louis de Haller proclamó que iba a demostrar científicamente la legitimidad del régimen monárquico. Este anuncio se hizo más ardiente que nunca al instaurarse la Tercera República. Y acabó por